

LA ESTELA DE UN NOMADISMO OCEÁNICO: NOTAS PARA LEER***LA MAR DE IGNACIO BALCELLS¹*****THE WAKE OF AN OCEANIC NOMADISM: NOTES FOR READING*****LA MAR BY IGNACIO BALCELLS***

Rodrigo Bobadilla Palacios

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

rabobadilla@uc.cl

<https://orcid.org/0009-0005-1143-604X>

RESUMEN: Este artículo aborda la propuesta de una escritura con vocación nómade y geopoética en el libro *La mar* del narrador chileno Ignacio Balcells. En esta obra, de escasa recepción crítica a pesar de su profundidad y alcance, se despliega una mirada reflexiva e itinerante acerca de la relación entre el ser humano y el espacio marítimo, indagando en algunas dimensiones significativas de esta conexión. Mi propósito consiste en esclarecer el nomadismo que determina al proyecto balcelliano y detenerme en su reflexión en torno a la relación de nuestro idioma con la espacialidad marítima. Leído en un momento en que los mares del mundo enfrentan una degradación significativa debido a la crisis medioambiental antropocénica, *La mar* se ofrece como una guía para reimaginar nuestra relación con el océano y abogar por un ecologismo azulado desde una perspectiva chilena y latinoamericana.

¹ Este artículo se enmarca en el Proyecto Fondecyt Regular 1230624 “Otro fin de mundo es posible: metáforas y lemas de la crisis medioambiental durante las dos primeras décadas del siglo XXI en Chile”, que se ejecuta en la Pontificia Universidad Católica de Chile a cargo del profesor Pablo Chiuminatto.

PALABRAS CLAVE: Ignacio Balcells, *La mar*, nomadismo, geopoética, Antropoceno.

ABSTRACT: This article explores the proposal of a writing with a nomadic and geopoetic vocation in the book *La mar* by Chilean narrator Ignacio Balcells. In this book, with poor critical reception in spite of its depth and scope, a reflective and itinerant gaze unfolds about the relationship between human beings and the maritime space, inquiring into some significant dimensions of this connection. My purpose is to clarify the nomadism that determines the Balcellsian project, as well as to dwell on his reflection about the relationship between our language and maritime spatiality. Read at a time when the world's seas are facing significant degradation due to the anthropocenic environmental crisis, *La mar* is offered as a guide to reimagine our relationship with the ocean and to advocate for a blues ecologism from a Chilean and Latin American perspective.

KEYWORDS: Ignacio Ballcels, *La mar*, nomadism, geopoetic, Antropocene.

Recibido: 21 de enero de 2025

Aceptado: 26 de mayo de 2025

INTRODUCCIÓN

“Las insignificantes libertades, dado nuestro atrevimiento, que nos tomamos a la superficie del indomable elemento, nuestra audacia en correr sobre ese profundo desconocido, poco valen y en nada pueden menguar el legítimo orgullo del mar. En realidad éste permanece oculto, impenetrable a nuestras miradas... y si nosotros necesitamos del mar, en cambio el mar no nos necesita a nosotros para nada”.
Jules Michelet

El epígrafe con que abrimos estas páginas proviene del libro *El mar*, un tratado escrito por Jules Michelet y publicado en París en 1861. Leídas a más de un siglo y medio de distancia, esas palabras podrían suscitar en nosotros una alarmante nostalgia, el eco de un tiempo donde el “orgullo del mar” podía celebrarse sin complejos. Las acciones humanas sobre la inmensidad del escenario oceánico no pasaban de ser “insignificantes libertades” que en nada alteraban la cualidad indomable e impenetrable del elemento acuático en su manifestación marina. Nos encontramos aquí con un *leit motiv* recurrente en una constelación extensa de escrituras del mar, desde *La Odisea* homérica en el mundo clásico hasta *El mar que nos rodea* de Rachel Carson a fines del siglo XX: la inmensidad marítima como aquel horizonte ingobernable y amenazante, espacio de naufragios y derivas, oleaje arbitrario ante el cual sucumben las pretensiones de nuestro “atrevimiento” humano. En pleno siglo XIX, Michelet exaltaba la realidad de un mar que permanecía como un “profundo desconocido”, inexpugnable ante el afán de dominio de nuestra mirada, siempre parcial y limitada. La lucidez del historiador se aventuraba así, en *El mar*, a una exaltada celebración del misterio marino, y concluía grabando una advertencia a los “pobres hombres de Occidente”: debíamos pensar seriamente en “contribuir a la común salvación”, pues la tierra nos pide que vivamos ofreciéndonos “lo mejor que posee, el mar, para rehabilitarlos”. Desconocer este llamado y optar por una cultura de muerte terminaría arrastrando a la propia tierra a ese destino mortuorio (1999, p. 251).

¿Qué nos dice esta reflexión de Michelet ante un presente de crisis ambiental y urgencia climática, cuando los mares padecen los estragos del contexto antropocénico? ¿Cómo leerlo en un momento planetario en que despertamos cada día con nuevas noticias acerca de la degradación de los ecosistemas y los espacios marinos? La distancia que nos separa de aquella exaltada celebración del “orgullo del mar” se hace apremiante en un contexto como el nuestro, en el que ya no es novedad la intromisión del atrevimiento humano en la supuesta impenetrabilidad de los horizontes oceánicos. Una avalancha de literatura especializada nos propone cotidianamente una visión de la desoladora situación de los territorios acuáticos del planeta en el actual contexto de la devastación antropogénica. Las aguas del Antropoceno nos sitúan ante un escenario en que los espacios marinos,

antaño inabarcables e insondables, se ofrecen ahora como una constatación de los efectos visibles de la intervención humana en la estabilidad de los ciclos de Gaia.

Las plataformas de *streaming* de nuestros días acercan a un público masivo los pormenores de esta degradación, a través de documentales como *Plastic Ocean* (2016), *Chasing Coral* (2017) o *Seaspiracy* (2021). La imagen de aquel “profundo desconocido” cede su lugar a la noticia de un mar saturado de plástico y basura, del agotamiento de los recursos marítimos, del blanqueamiento del coral, de la acidificación de las aguas y la perturbación de las corrientes que durante millones de años han asegurado la estabilidad climática de la Tierra. La tranquilizadora fotografía espacial del “planeta azul”, que hace no muchas décadas ofrecía una garantía de abundancia acuática y llamaba a la humildad a una especie que ejercía su dominio tan solo en la tierra firme, se torna hoy la ilustración de un panorama distinto. La actividad frenética de nuestra civilización ha extendido su alcance hasta las extensiones azuladas del planeta, dejando nuestra marca incluso allí donde ninguna construcción humana puede sentar sus bases. Los diagnósticos del colapso nos dicen que la contaminación producida por la maquinaria productiva ha alcanzado incluso las profundidades oceánicas que aún no conseguimos explorar o esclarecer. Somos capaces de destruir lo que todavía ni siquiera conocemos del todo.

Publicado en 1951, el libro *El mar que nos rodea* de la bióloga marina Rachel Carson ya respondía a esta nueva realidad de un planeta de océanos intervenidos y despojados de su misterio. Carson es una de las pioneras en el pensamiento ecologista actual, no solo por su alegato contra el uso de pesticidas expuesto en su célebre libro *Primavera silenciosa* (1962), sino también por esta fascinante visión de los ecosistemas marinos que publicó una década antes. En sus páginas encontramos el despliegue del riguroso conocimiento científico de Carson acerca del mar, junto a su deslumbramiento ante los océanos planetarios, en los cuales la escritora y bióloga lee el origen de la vida en la Tierra y cuya historia inabordable intenta reconstruir magistralmente. Aún en esta escritura se respira una suerte de tranquilidad ante la inviolabilidad de los territorios acuáticos y su eventual resguardo, al estar fuera del alcance del proyecto humano. Pero

la crisis incipiente del ecosistema marino ya se insinuaba y el discurso de Carson contiene también las semillas de un alegato en contra de su degradación y agotamiento, que será la norma en la literatura científica acerca del mar que será escrita algunas décadas después. Si era cierto que aparentemente el hombre “no puede dominar o transformar al mar como, durante su breve posesión, lo ha hecho con tierra” (Carson, 2019, p. 28), también lo era que el misterio de las profundidades oceánicas comenzaba a verse amenazado, y el antiguo terror y veneración que las extensiones marítimas despertaban en los hombres empezaba a ser reemplazado por un conocimiento científico sin límites. El ingenio humano ya se abría paso en esa región que “ha guardado sus secretos más que ninguna otra” (Carson, 2019, p. 55).

Refiriéndose al legado de *El mar que nos rodea*, el ecocriticó norteamericano Lawrence Buell reconoce en Rachel Carson un antecedente de aquella tendencia que hacia fines del siglo XX alimentará una nueva perspectiva del entorno marino, asociada ya no tanto a la imagen de un ecosistema inagotable como a la de un espacio simbólico signado por la fragilidad. En torno a este radical cambio de paradigma, Buell propone que

pocos episodios en la historia de la conciencia ambientalista moderna han sido más dramáticos que este despertar de fines del siglo XX a la conciencia de que las tres cuartas partes del globo, hasta ahora consideradas virtualmente inmunes a la manipulación humana, podrían estar gravemente amenazadas... Este cambio de actitud se puede considerar como una gran desmitologización. (2001, p. 201)

Ante este proceso, Buell distingue la irrupción de un movimiento actual que ha tendido a una “remitologización” del espacio oceánico; una tendencia que se hace visible, por ejemplo, en la exaltación de ciertos símbolos fuertes en el discurso ambientalista contemporáneo (2001, p. 201). Uno de ellos es la ballena, concebida durante décadas como figura icónica de numerosos activismos medioambientales. Se trata tan solo de una de las formas en que se ha hecho notoria la preeminencia de la degradación oceánica

en el pensamiento ecologista contemporáneo, un fenómeno que para Buell tiene una explicación evidente: el mar es en este planeta lo más parecido a un paisaje global, y representa la mayor expresión de la “crisis de los comunes” que se anuncia desde hace algunas décadas (2001, p. 199). En esto radica, también, la irrupción de una tendencia notoria en el ámbito de las humanidades ambientales, que en los últimos años ha indagado en las posibilidades de asentar un “giro oceánico” (DeLoughrey, 2017) en los estudios ecocríticos, o el regreso al mar en las preocupaciones de unas emergentes “humanidades azules”, y ya no solo verdes (Mentz, 2009).

Lo que aquí me interesa destacar es ante todo el rol que una obra literaria puede jugar en este intento de volver a mirar, desde el actual momento de degradación de los mares planetarios, la presencia de los territorios oceánicos y su implicación en los asuntos humanos. Como bien ha señalado Carmen Flyns Junquera, “la literatura puede mostrar al lector caminos y actitudes alternativos y que sugieran nuevas formas de percibir y sentir el entorno”, con el propósito de cambiar actitudes y de contribuir a “imaginar y crear un futuro más justo y sostenible” (2018, p. 183). La base de los estudios artísticos y literarios de vocación verde o ecológica descansa en esta premisa, según la cual las producciones culturales contienen un potencial capaz de mostrarnos “otras formas de ser y relacionarnos”, en la búsqueda de maneras de hacernos “despertar de nuestro letargo ante una catástrofe de dimensiones sin precedentes” (2018, p. 182).

Mi propósito en este artículo es el de desarrollar una lectura de un texto que nos invita a fundar un camino alternativo para sentir y percibir el espacio marítimo. En 2001 el escritor y poeta chileno Ignacio Balcells (1945-2005) publicó *La mar. Una versión de la vida ante el mar y del viaje a solas por las costas de Chile*. Apenas leído en su momento y de muy escasa recepción crítica, el libro es un caso ejemplar de aquella literatura que puede ser hoy reivindicada como una herramienta para despertar del letargo ambiental e imaginar visiones alternativas de nuestro entorno natural en crisis. Ante la actual degradación que aqueja al territorio más extenso del planeta, esta escritura se ofrece como un itinerario

para regresar al mar y mirarlo con ojos nuevos, una tentativa de redefinición de nuestra relación con el mar que nos rodea.

Inclasificable en su género, el libro de Balcells nos presenta la imagen de un ser humano que se propone recorrer las costas de un país cuya extensión supera los seis mil kilómetros, y el compromiso de dejar un registro escrito de ese periplo. De esta forma, en sus páginas encontramos una mirada única que busca redefinir las relaciones que un país marítimo –y, junto a él, de todo un continente que vive de cara al mar– establece con ese “profundo desconocido” del que hablaba Michelet, la extensión oceánica que circunda las tierras que habitamos. Abordaré aquí al menos dos aspectos relevantes de esa mirada en las páginas de *La mar*. En primer lugar, indagaré en la manera en que el texto de Balcells reivindica el proyecto de una escritura viajera, nómade y geopoética, que encuentra en el andar el principio adecuado para aproximarse al misterioso ritmo de las aguas marinas. A continuación, desarrollaré algunas ideas en torno a la propuesta ballceliana en torno a las complejas relaciones entre lenguaje y mar. En un continente que parece haberle dado la espalda a su vocación marina, él se pregunta por la incidencia del agua en nuestro idioma, en nuestra imaginación literaria y en nuestro hablar latinoamericano. De este modo, *La mar* se presenta como la puesta en práctica de una imaginación ecológica itinerante que, sin la necesidad de adscribir a un discurso ambientalista directo, brinda una carta de navegación para fundar un renovado saber ambiental sobre el mar, un ecologismo azul con credenciales propias y desde Chile.

1. *LA MAR, EL ESPÍRITU NÓMADE Y EL ANDAR GEOPÓÉTICO*

“No se escogen los lugares predilectos, se es requerido por ellos...

Los nómadas empedernidos proceden de un elemento que los recoge, los contiene, los anima y federa sus entusiasmos: el mar y las olas de los navegantes...”.

Michel Onfray (2016)

La tentativa de poner en práctica una escritura y un pensamiento móviles, de espíritu nómade, constituye una de las claves de *La mar* de Ignacio Balcells. Las seis secciones que conforman al libro se presentan como una suerte de diario de viaje, dando forma a un discurso fragmentario que compone, en cada uno de sus pasos, una suerte de cartografía personal en la aproximación al espacio costero del territorio chileno continental e isleño. La sección inicial, titulada “Aprestos”, otorga una visión del itinerario que dará cuerpo al resto del libro: un recorrido por el litoral del norte, del centro, del sur, del Chile archipiélago y del Chile oceánico (Isla de Pascua), en la exploración de las formas en que los seres humanos de este territorio han establecido sus relaciones con el límite marítimo.

Esta errancia por caletas, playas y pueblos costeros se inaugura con un llamado al movimiento. Balcells comienza reconociendo el proyecto de una obra que busca originarse en “una fe vehemente en la tierra y su poder de llevarme a las afueras del mundo” (2001, p. 9). Solo falta la ruta, la dirección, el escenario, la inclinación de la sangre hacia un destino. Michel Onfray escribe en su *Teoría del viaje* que el impulso del nómade obedece a menudo a la vinculación del espíritu del viajero con una de las fuerzas elementales consignadas en el registro de los filósofos presocráticos (2016, p. 24). La pasión por el agua, o el llamado del océano, se hace presente como destino desde un inicio en la peripecia de la voz errante que ocupa las páginas de *La mar*. La “ocasión de partir”, para la cual se espera una señal o un signo en la apertura del libro, llega al narrador en medio de sus cavilaciones en las orillas del río Mapocho santiaguino:

Día tras día me paseé por la ribera del Mapocho ventilando mi vacilación. Como de una gruta a otra pasaba bajo los sauces espaciosos mirando entre uno y otro el río a retazos. Sus aguas inmundas corrían por el cauce como si huyeran del cielo; pero su murmullo conservaba la pureza de un torrente de cordillera pese al ruido envilecedor de la avenida contigua. De ese río que no callaba su desprendimiento quería yo aprender a irme sin dar un primer paso, a irme sin partir.

Una de esas tardes junto al río en que siempre era domingo vi llegar una bandada de gaviotas. ¡Al pie de la cordillera de los Andes las hijas del Océano Pacífico! ¡En el corazón de la urbe las nativas del litoral! Sobrevolaron el río entre antenas de acero y torres vidriadas y fueron a arremolinarse en la orilla donde estaba varado el cadáver de un perro. Sus chillidos se alzaron entonces por sobre el inmenso rezongo de la ciudad. ¿Cómo no iba a creer que el mar las enviaba desde el otro lado del cielo para intimarme a emprender la marcha hacia sus costas? (2001, pp. 9-10)

Tenemos, así las cosas, la descripción de una poética del viaje que se funda en la elección del mar como destino. Este “llamado del mar” irrumpirá incluso en aquellos momentos de la travesía en que la duda fustigue al viajero, tentándolo con la posibilidad de un regreso adelantado a la comodidad del hogar:

¡Qué difícil es soportar la luz de las estrellas y de la luna a cabeza descubierta! ¡Qué duro es el sonido del mar cuando no hay una voz amada que lo quiebre! ¡Qué desolador es el aire que no huele a nadie! ¡Qué duro es pasar los días en guardia, en la vía! Ahora que Santiago está a tres horas de distancia me invaden unas ganas salvajes de no pasar una noche más solo, de echar a andar el motor, partir, correr por la carretera y llegar a mi casa antes de la medianoche: ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no dar por terminado hoy mismo este viaje por la costa norte de Chile? Miro el cielo y la luna casi llena me responde: porque no. El mar me grita: porque no. Porque cuando mayores son tus ganas de tener tierra bajo los pies, más alta es la mar en que te hallas. (2001, p. 229)

Es importante señalar que el espacio santiaguino solo aparecerá como escenario en la apertura del libro, proponiendo veladamente la contradicción de un país que, aunque teniendo miles de kilómetros de costa, decidió asentar su capital a los pies de la cordillera

y lejos del océano. Quien frecuenta las márgenes del único río que sobrevive en la gran ciudad experimenta, ante su caudal exiguo e inmundo, el apremio de la partida: “Pensaba que el Mapocho era la única brecha de Santiago, el único paso de la tierra por la ciudad. Y que si un ciudadano desasosegado se allegaba a él se asomaba al menos a una lejanía” (2001, p. 10). Este llamado de una lejanía –“el camino es la herida de la lejanía” (2001, p. 200), escribirá más tarde– es experimentado por el “habitante de una ciudad sin cielo” y por el “agente de una época sin firmamento”, es decir, por alguien para quien la experiencia del mundo y del entorno natural ha quedado borroneada en el ajetreo y las preocupaciones impuestas por el espacio citadino.

Viajar, para el narrador de Balcells, es seguir los pasos de los antiguos poetas errantes, como aquel “poeta peregrino japonés de los que solían caminar cien leguas hasta un monte famoso para ver un plenilunio” (2001, p. 12). La figura de Basho aquí sugerida será una presencia constante en la peripecia de este andariego costero, un referente explícito, pues en su periplo se acompaña del *Diario de viaje por la senda angosta del fin del mundo* escrito por este poeta-caminante japonés. También se acompaña de *La odisea*, por cierto, ya que el viaje heroico y marítimo de Ulises es también su modelo. Su propia odisea, aparentemente solitaria, se puebla con la presencia de estos compañeros de ruta, genuinos maestros en el arte de perderse por los caminos y corrientes del mundo:

Veinte veces en este viaje gente apostada al borde del camino me ha pedido por señas que la transporte. Cada vez me he negado. ¡La de maldiciones que me habrán echado! Con toda razón. Viéndome solo en la cabina ¿cómo podían sospechar que Homero y Basho iban conmigo? ¿Cómo podían imaginar que yo iba sentado a mi mesa de trabajo? ¿Cómo podían adivinar que no me dirigía a ninguna parte? (2001, p. 229)

Al describir así la experiencia de un espíritu errante y a la deriva que, abierto a la crudeza elemental del mundo, rehúye la cotidianidad artificial del espacio urbano y se

dirige hacia “ninguna parte”, Balcells está cerca de lo planteado por Michel Serres en *El contrato natural*, al recordarnos que

aquellos que vivían en el exterior y en las épocas de la lluvia y del viento, cuyos gestos indujeron culturas duraderas a partir de experiencias locales, los campesinos y los marinos, hace tiempo que han dejado de tener la palabra, si es que alguna vez la tuvieron [...] estamos inmersos en el tiempo breve de nuestros poderes y prisioneros en nuestros estrechos departamentos. (2004, p. 57).

Aprestarse a la aventura supone, para Balcells, un escape del tiempo acotado y claustrofóbico del paisaje urbano, tanto como una recuperación de lo que Serres ve en la experiencia del mundo que encarnaron el campesino y el marinero, aquellos hombres de antaño que “vivían inmersos en el tiempo exterior de las intemperies”, enterrando remo o azadón en la materia, de cara al espacio abierto del cosmos (2004, p. 52). Balcells escribe:

Gracias al viaje la bóveda de mi memoria se llenaría de estrellas nuevas; gracias al viaje yo escribiría con letras negras una noche en que los lugares brillaran, en que cada lugar visitado adquiriría la soltura de una estrella. Gracias al viaje mi lector podría urdir constelaciones. (2001, p. 13)

De esta manera, *La mar* ahondará constantemente en la construcción de un sujeto viajero, de una identidad nómada y vagabunda. Por ejemplo, en el capítulo titulado “Un reproche a Ulises” se contrasta la seguridad del ámbito de la casa (un lugar donde “cualquier acaso te deja en suspenso” o donde “un acaso cualquiera te enajena y no eres quien hasta que lo olvidas o hasta que, después de mucho, consigues ponerte a su altura”) con la circunstancia del viaje, en la que “a cada vuelta te recibes de maese en acasos” y donde “ningún trance parece quedarte grande” (2001, p. 31). Abierto a lo imprevisible y ajeno

a las comodidades del cielorraso, el sujeto en viaje es un “impávido a toda vela”, pues “tu cabeza va siempre a la altura del sol; tus hombros tienen infaliblemente el ancho del camino; tu cintura es un haz de quiebros y tu corazón palpita al ritmo de tus pasos y no según lo que éstos te van poniendo por delante, sean horrores, delicias, prodigios o trivialidades” (2001, p. 31). Balcells se aproxima en este punto a la reflexión de Francesco Careri en su libro *Walkscapes*, al referirse a la separación primitiva de la humanidad entre nomadismo y sedentarismo. Careri señala que ambas experiencias traerían consigo “dos maneras distintas de habitar el mundo y, por tanto, de concebir el espacio” (2014, p. 24). La experiencia del sujeto nómada, heredero de la errancia pastoril del Abel bíblico, supondría la figura de un “hombre que juega y que construye un sistema efímero de relaciones entre la naturaleza y la vida”, sobre el cual regiría un uso del tiempo radicalmente distinto al de la raigambre sedentaria. El ser humano errante “dispone mucho tiempo libre para dedicarse a la especulación intelectual, a la exploración de la tierra, a la aventura, es decir, al *juego*: un tiempo no utilitario por excelencia” (Careri, 2014, p. 24).

La poética de la itinerancia propuesta por *La mar*, ¿no supone una expresión de esta aventura exploratoria, colmada de tiempo, que busca mapear un territorio desde una temporalidad no utilitaria? ¿Lo suyo no es también una reanimación de aquel andar que en el nomadismo primitivo supuso “la asignación de los valores simbólicos y estéticos del territorio que llevará al nacimiento de la arquitectura del paisaje” (Careri, 2014, p. 24)? Al celebrar la vida nómada de los aborígenes del archipiélago austral de Chile –“hombres con dioses, lenguaje y vida esencial”–, Balcells reivindica la libertad de aquellos seres humanos que se movían sin apuro por los canales ayseninos: “Desnudos y libres, frugales y libres, trashumantes y libres. ¿De dónde les vino esta libertad? Lo poco que sabemos me permite dar una sola respuesta a tal enigma: los chonos vivieron libres en Aysén porque se dejaron poseer enteramente por el mar” (2001, p. 504). Más tarde extenderá dicha movilidad libérrima a todos los que habitan el espacio marítimo, en quienes reconoce un arraigo distinto al de aquellos que construyen sus asentamientos sobre la tierra firme: “Los hombres del mar –marinos, pescadores– para quienes la tierra

es paradero y no morada, son por esto mismo los más sensibles al misterio del arraigo, los celadores más estrictos de un estado que no es el suyo” (2001, p. 521).

El tiempo no utilitario del viaje, que permite la vivencia de esa libertad y enseña la alternativa de un arraigo distinto, es un tiempo que se demora, que no se apura. Balcells levanta una queja contra el apresuramiento de una cultura que ha perdido el don de la lentitud, de la deriva que se tarda y no se acelera, pues reconoce que el exceso de velocidad auspiciado por la técnica es también la expresión de un cierto tipo de resentimiento con la tierra:

Los malos caminos son incomparables reveladores de la índole de la velocidad a que nos desplazamos. Corremos porque estamos resentidos con la tierra. El máximo de velocidad –la del avión– lleva nuestro resentimiento a su máxima satisfacción, es decir a la anulación total de la tierra. Pasan a mi lado automóviles y camiones a cien y más kilómetros por hora haciendo pedazos en los baches. Quienes van guiándolos son, probablemente, hombres de alguna cultura técnica. (2001, p. 165)

El poeta y teórico escocés Kenneth White acuñó hacia fines de la década de 1970 el concepto de *geopoética*, sintetizando en él un proyecto amplio –heredero de los escritos de Víctor Segalen, Alexander Humboldt y una diversidad de textos viajeros de distintas latitudes– que buscaba fundar una nueva mirada del mundo desde un “espíritu nómade”. Se trataba de responder a un nuevo orden de cosas, al “giro espacial” de la modernidad y su borradura de fronteras y límites estrictos; responder a la experiencia inédita de un mundo en movimiento, abierto, ilimitado. La perspectiva geopoética proponía “encontrar caminos diferentes para religar la *poética* a lo *geo*; es decir, para volver a unir, de forma contemporánea, el pensar a la Tierra” (Poulet, 2015, p. 43). Como el mismo White ha escrito, su propuesta intentaba responder a la pregunta sobre cuál podría ser el “motivo” o la “preocupación central para la cultura-mundo de hoy, capaz de ser compartida por todos, Norte, Sur, Este y Oeste. Una respuesta razonable, una respuesta obvia se podría

decir, sería: la misma Tierra en la que tratamos de vivir” (White, 2021, p. 694). De esta forma, el gestor de la propuesta geopoética explicaba que su enfoque no consistía sencillamente en una cierta “poesía sobre la naturaleza” o en una “literatura orientada al espacio geográfico”. Lo suyo era, más bien, el intento de emprender “un estudio de las complejas relaciones entre el yo, la palabra y el mundo, en la “búsqueda de una expresividad nueva, de una *poética del mundo*” (Poulet, 2015, p. 43).

El nomadismo es un principio imprescindible para esta renovada tentativa de una geo-poética del mundo, pues su incitación a abrirse a la textura del entorno supone una necesidad de vagabundeo, trashumancia, traspaso de fronteras y de delimitaciones estrictas, tanto espaciales como simbólicas. Como señalábamos antes, lo característico de los nómades es principalmente “su pasión de vivir por el mundo”, su contacto con el entorno abierto y su rechazo a la visión unívoca y monolítica impuesta por las culturas que fundaron ciudades, estados e imperios sedentarios (Poulet, 2015, p. 44). La traducción que hace White de este modo de habitar el espacio al de la actividad cultural es incitante, proponiendo el método de un cierto “nomadismo intelectual”: la capacidad de encarnar la figura de “un intelectual libre de cronologías rígidas, cuya meditación es itinerante y multidireccional”, como el pensador nómada imaginado por Deleuze y Guattari; y, junto a ello, la posibilidad de “una nueva forma de entender la literatura, la actividad letrada y la identidades” (Chiuminatto y Cortés, 2016, p. 5).

Volviendo a Balcells, la vocación que moviliza su libro se ajusta completamente al método planteado por White. *La mar* es un texto geopoético cabal, que encuentra en la exploración del horizonte marino la posibilidad de una textualidad móvil y reacia a los límites espacio-temporales. Montado en su vehículo –que bautiza como la Concha, por su capacidad de amplificar el sonido del mar–, el viajero del litoral recorre hitos geográficos y se pasea por una diversidad de tiempos, textos y referentes culturales. El éxito de esta errancia es el de articular una escritura que propone al lector un cierto ritmo particular, que es al mismo tiempo el ritmo del viaje y el del mar. Son diversos los pasajes del libro

que hacen referencia a la importancia de este patrón rítmico, que de alguna forma es el que enmarca la itinerancia del narrador nómada en su odisea marítima:

Basho andaba; Basho viajaba siempre con paso, esto es, con un ritmo. Como el tic tac del reloj (que por algo no es tactac), nuestros pasos humanos no son iguales, no duran lo mismo. El pie clásico de nuestro paso es el “yambo” (una silaba breve y otra larga). Pero en este viaje mío en el furgón carezco de paso: ruedo. Si tengo algún ritmo, es uno mayor, el ritmo de las detenciones, el ritmo de los aros (*Aro* es un chilenismo. María Moliner: “¡Aro!: Exclamación con que se interrumpe a alguien que está cantando, bailando, hablando, etc., a la vez que se le ofrece una copa de bebida.”) Un viajero solitario como yo se dice a sí mismo: “Hagamos un aro cuando quiere dejar de rodar por el camino. Por este ritmo de los aros me detengo cuando querría seguir, sigo cuando querría quedarme, hablo cuando no tengo que decir, callo cuando querría conversar. (2001, p. 400)

En otro pasaje, se refiere al “ritmo andante” que marca su itinerario:

Nunca me propuse visitar todas las caletas de Chile, ni mucho menos. Me propuse visitar las que me mantuvieran en un ritmo andante. Así es que ahora me duelo no por haber pecado contra la totalidad sino por haber faltado al ritmo. (2001, p. 369)

Y aún en otro, dicho ritmo será más explícitamente definido como el “ritmo misterioso del mar”, que es el que define su avance y su escritura:

Es raro que el mar espante cuando rompe; pero incluso cuando espanta, uno olvida que el mar tiene un ritmo. El ritmo es su misterio; el ritmo es la diferencia que tiene el mar con la cascada [...] Homero apunta a ese ritmo misterioso del mar cuando dice que Poseidón va y viene por el punto

en un carro tirado por caballos (tararán, tararán, tararán), que Poseidón está presente o está ausente, que viene encima de los héroes con horrible tempestad o se va a visitar a los piadosas etíopes y deja en paz las aguas. (2001, pp. 466-467)

Leer *La mar* es entregarse al juego de ese ritmo itinerante, para el cual las detenciones y hallazgos del camino constituyen puntos de un mapa geográfico y simbólico. Estamos ante una narrativa que en cada interrupción del movimiento marca un hito, una “inmersión” (Balcells, 2001, p. 306), una pausa que construye lugares en los que se pone en juego la interacción de tierra y agua, de experiencia humana y vastedad marítima. Como ha escrito Yi-Fu Taun en *Espacio y lugar*, “lo que hace que un lugar sea un lugar, lo que lo distingue de la extensión indiferenciada del paisaje, es la pausa, el descanso del ojo, en el que el espectador de repente aprehende la porción discreta de espacio como algo para ser interpretado” (Tally, 2014, p. 3). La escritura de Balcells se instala en la intermitencia del recorrido y la ambivalencia de las detenciones –“Ando y me pena no detenerme; me detengo y me pena no seguir (2001, p. 306)–, y el libro que registra su viaje de alguna forma “resuelve” en la escritura misma esta tensión entre el tiempo del andar y el de la detención.

2. UN IDIOMA QUE SE HACE A LA MAR

“Para ser capaces de decir algo, o tal vez incluso para ser capaces de ver algo, requerimos de un sistema (...) Un sistema abierto, con pasajes y brechas en los que el pensamiento permanezca despierto. Un mapa es un sistema. [...] Y cada idioma es, por supuesto, un mapa. El mapa, jamás terminado, de un mundo emergente”.
Kenneth White

¿Puede escribirse el agua, decirse el mar? ¿Es posible que el tiempo de las palabras humanas logre fijar, en la detención del habla o la escritura, la realidad de un territorio que es irreducible al tiempo y que no hace durar la marca de ninguna estela? Y más aún: la vitalidad de un idioma y del lenguaje hablado por una comunidad humana, ¿no dependerán acaso de su capacidad de responder al llamado que la inmensidad oceánica extiende alrededor de la tierra firme en que se arraigan sus palabras cotidianas y su literatura? Una veta importante de la reflexión de Balcells en su viaje por las costas de Chile se hace eco de estas interrogantes, llegando a proponer en algunos capítulos de su libro una reflexión considerable en torno a la relación del habla de los seres humanos y el lenguaje del mar.

El tema es amplio y está presente de diversas maneras en varios de los discursos que han teorizado las relaciones entre el agua y nuestra experiencia humana. Podrían citarse numerosos ejemplos, pero me limitaré a señalar aquí un par de voces representativas. En su emblemático libro *El agua y los sueños* (1942), Gastón Bachelard desarrolla algunas ideas en torno a la vinculación del hablar humano y “el lenguaje de las aguas”. Para el filósofo francés, “hay continuidad, en suma, entre la palabra del agua y la palabra humana. Y a la inversa, insistiremos sobre el hecho muy poco señalado de que, orgánicamente, el lenguaje humano tiene una liquidez, un caudal en su conjunto, un agua en las consonantes...” (1978, p. 30). Si la “liquidez” es el fundamento del deseo que moviliza al lenguaje, el estudioso de los simbolismos acuáticos deduce que “el lenguaje debe estar henchido de agua” (1978, p. 286), en una sugerente visión que enlaza metafóricamente el discurrir de nuestras palabras con ese otro *logos* que nos depara el decir elemental de la naturaleza. Bachelard se acerca en esto a las perspectivas que han destacado el modo en que ciertas cosmovisiones indígenas resguardan aún hoy el secreto de esta correspondencia entre el lenguaje humano y el sonido de las aguas. Correspondencia que también puede rastrearse en algunas aproximaciones ecocríticas que han abordado la relación entre determinados discursos literarios y las realidades naturales del continente americano. Baste citar en esta línea el apreciable aporte del crítico peruano Roberto Forns-Broggi, que en su artículo “Escribir como el mar: notas sobre algunos ecopoemas en la orilla sur

de la tierra” (2016) propone una lectura de una selección de poetas latinoamericanos en cuya obra se aprecia el intento de articular una escritura impregnada de la “voz del mar”.

Pero no todo es correspondencia apacible entre nuestro lenguaje y el discurrir acuático. En una orilla distinta, otros pensadores del agua han llamado la atención acerca de las limitaciones insalvables que nuestros sistemas de conocimiento –y en particular nuestro lenguaje– manifiestan a la hora de intentar dar cuenta del agua y reducirla a nuestros esquemas conceptuales. La académica canadiense Astrida Neimanis, una figura representativa del panorama actual del “giro acuático” en el ámbito de las humanidades ambientales, ha reflexionado sobre la lógica de la “incognoscibilidad” (*unknowability*) que determina cualquier intento humano por controlar, entender y reducir el agua a nuestros sistemas de aprehensión de la realidad. En “Water and Knowledge”, Neimanis aborda este principio y señala que “la incognoscibilidad se refiere a la capacidad del agua para eludir nuestros esfuerzos por contenerla con cualquier aparato de conocimiento” (2017, p. 55). Su idea central, digna de considerarse en este tiempo de megareservas y degradación de los océanos planetarios, apunta a que “el agua siempre eludirá nuestro control total y nuestros esfuerzos para ‘conocerla’”, desprendiendo de esto el llamado a una humildad radical que reconoce los límites de cualquier tentativa humana (2017, p. 55). Al recordarnos que, a pesar de todo nuestro aparataje científico-tecnológico, las profundidades oceánicas siguen siendo en gran parte un misterio para nosotros, Neimanis reconoce el potencial que la “gramática del agua” tiene para enseñarnos, desmantelando nuestras costumbres epistemológicas e infundiendo en nuestro saber acerca del mundo una noción de respeto (2017, p. 58). Y transformando, agregaremos acá, el mismo idioma con que pretendemos nombrar ese mundo.

Como señalé antes, ciertos pasajes de *La mar* bordean esta temática, invitándonos a considerar algunas cuestiones relevantes en relación a la forma en que nuestro idioma se ha relacionado con la presencia del mar. En el capítulo “Acuñar y apodar”, escrito en su paso por las costas de norte, Balcells explora la considerable carencia de términos marinos que caracteriza al idioma castellano, en comparación con la riqueza léxica de

otros idiomas a la hora de decir el mar. La falta de palabras para escribir “a sus anchas” su experiencia de caminar por una playa y bordear el océano es vista como un límite, un obstáculo que el escritor debe sortear para expresar la vivacidad de su experiencia:

Faltan dos palabras en castellano; y su ausencia me impide recrearme hoy a mis anchas. Una es el inglés “strand”, que designa el tramo de playa que se extiende entre las líneas de más alta y más baja mareas. Ciento es que el término castellano “marea” tiene también esta acepción espacial, pero ¿cómo emplearlo sin equívoco? En cambio el neologismo “estrán” –castellanización de “strand” que ya emplean algunos geógrafos– suena magníficamente en nuestra lengua y no se confunde con otra palabra [...] “Maresía” es la otra palabra que nos falta. Los portugueses designan con ella el hedor de la orilla del mar cuando la marea baja y las algas quedan expuestas al sol. En castellano no tenemos un término para ese olor característico. A juicio de un buen traductor de Pessoa y a juicio mío, “maresía” –preciosa palabra– puede pasar tal cual al castellano con evidente provecho. Ahora puedo escribir que cuando el estrán de mi playita alcanzó su máxima anchura y las algas de sus rocas comenzaron a secarse al sol, una maresía tan intensa impregnó el aire vespertino que cambiaron todas mis impresiones. (2001, p. 192)

El aserto de Balcells es notable: en el español no disponemos de algunas palabras imprescindibles para nombrar con minuciosidad las realidades materiales que dan textura a nuestro encuentro con el mar; es un idioma, por lo tanto, que ha heredado una cierta “aversión” al espacio oceánico. En otro capítulo de la sección correspondiente a su travesía por Aysén, titulado precisamente “La aversión al mar del castellano”, reencontraremos esta noción de la falta de un léxico marino en el idioma, pero esta vez la reflexión se extenderá a una caracterización de la poesía y la literatura escrita en el continente. Al bajarse de la embarcación que lo ha llevado hasta Aysén, Balcells atisba el modo en que

la realidad del mar ha impregnado su propia escritura, reconociendo el anhelo de que su texto se funda de alguna manera con la realidad oceánica que busca describir, y de una lectura que sea a su vez una navegación: “El océano se vale de mi cuerpo para prolongar en unas últimas oscilaciones su vida más allá de su orilla. Ojalá mi escrito entre en un vaivén igual al que ahora siento y quien lo lea pueda no solo recibir noticias de estos grandes mares sino, por gracia de sus cadencias, navegarlos. ¿Qué más puede desear un poeta?” (2001, p. 473). Pero este ideal de una escritura poética empapada de mar lo conduce a acusar la carencia de una “herencia poética marina” del castellano, principalmente orientado hacia la tierra:

De esta inveterada inclinación por la tierra resulta que un poeta del castellano apenas puede reclamar una herencia poética marina. Y si, asumiendo esta falta, emprende el trabajo de abrir los oídos de su pueblo a las olas, ni siquiera puede contar con un léxico marino porque este, aunque existe, no le suena más que a especialistas. No carecemos en verdad de palabras para nombrar las cosas del mar; basta abrir las bitácoras de los navegantes para que salten a la vista mil giros y nombres que, si uno se aplica a descifrarlos, revelan un mundo nuevo. ¿Quién sabe hoy, por ejemplo, que al descenso de la marea, cuando el agua deja en descubierto la playa, se lo llamaba *descarnar*? ¿O que a la línea de flotación de las embarcaciones se la conocía por la *lumbre del agua*? ¿O que los escollos que el agua apenas cubre se denominaban *abreojos*? ¿O que en las cercanías de la costa el mar se ponía *color de sondalesa* (color de sonda)? ¿O que una nave en vez de fondear, como decimos hoy, *surgía* en un puerto? ¿O que el viento era llamado *tiempo* y, según su dirección, *tiempo contrario* o *tiempo favorable*? ¿O que *vuelta* significaba rumbo? ¿O que a la mar tranquila se la llamaba *mar pagada*? (2001, p. 474)

El problema no radica entonces en que las palabras necesarias para nominar las realidades marinas no existan en el idioma, sino en el hecho de que esas palabras no poseen auténtica vida en la escritura poética y el habla del continente. Lo que Balcells apunta es el diagnóstico, para él dramático, de que “la poesía ha desamparado al mar” en el castellano, y que por lo mismo carecemos de una “fantasía marítima” semejante a la que exhiben otros idiomas. Vaciado de esta fantasía, el mar es para nosotros meramente un abismo, un muro, un yacimiento o una vía. En una tradición como la anglosajona, en cambio, a través de figuras emblemáticas como Melville o Coleridge, Balcells observa un escenario completamente distinto: el poeta británico y el novelista norteamericano consiguieron en sus literaturas no solo acercar su idioma al espacio marítimo, sino además brindar en ello una forma de contemplar el mundo y “las relaciones del hombre con la naturaleza y con Dios” (2001, p. 475). De la aproximación fructífera de estos escritores al mar provendrían, en la visión de Balcells, nociones tan fundamentales para el espíritu de la época como “la unidad de la tierra, la fragilidad de la vida o el retiro de Dios”.

Pero lo cierto es que, como concluye Balcells un poco más delante, “ninguna lengua puede vivir sin el mar”. El castellano ha poseído para él otra forma de aproximarse a la vastedad oceánica, a través de la herencia abierta por la obra de Cervantes en las escrituras americanas. Lejos de las aguas, “la vocación poética del castellano ha sido la de reconocer el mar en la tierra bajo la especie de Mancha” (2001, p. 476). El propio Kenneth White ha abordado esta idea de Balcells en su ensayo “Carta desde la casa de las mareas”, donde sutilmente lo homenajea de forma póstuma. En su lectura de *La mar*, el poeta escocés señala que la Mancha cervantina sería una excepción a la regla del idioma, ofreciendo el modelo de una literatura que “se mueve libremente de un tema a otro o de una experiencia a otra”, es decir, de una escritura que se lanza a un mar metafórico que conduce a un “camino ontológico” (2019, p. 30). La tradición literaria latinoamericana a un mismo tiempo habría heredado y trascendido esta ruta ontológica legada por la estela de Cervantes en la escritura española, respondiendo además a las heridas abiertas por la conquista y colonización del continente. Con todo, el propósito de Balcells es el de consignar la urgencia de que la vocación marítima del continente americano deje de

ser metafórica y oblicua, la urgencia de “separar las aguas” para acceder a una fantasía genuinamente oceánica. *La mar* en sí misma representa una respuesta a esta urgencia, al recorrer un camino que se sabe arduo y complejo:

Para hacernos a la mar no basta que nos embarquemos en sus temas; que despleguemos sus hablas; que nos dejemos llevar por sus corrientes; que nos orientemos por sus signos; que arribemos a sus límites. Todo esto podemos hacer y más, aplicándonos a ello, pero si el castellano mismo no deja de ser capitán Araya de las lenguas –que embarca a su gente y se queda en la playa– nuestros poemas seguirán siendo los de tierra adentro. Nada menos que un milagro se requiere para que el castellano oiga el llamado del mar, se eche a andar sobre las aguas y descubra que toda su corpulencia terrestre suspendida de la voz que lo llama no pesa más que el aire. Entonces los poetas podrán cantar las rosas, las montañas, los ríos, las ciudades, y sin embargo cantarán el mar. De ese milagro que convertirá en marina nuestra lengua. (Balcells, 2001, p. 476)

La espera de ese futuro anhelado en que la tierra chilena y latinoamericana “toda entera será costa” sintetiza el ideal de Balcells de un lenguaje iluminado por la presencia del mar. Su visión de la relevancia de este asunto también puede rastrearse en el capítulo “El castellano marino de América”, escrito en la caleta de Cobija en el norte de Chile, que fue territorio boliviano antes de la Guerra del Pacífico (1879-1884). Allí Bolivia es descrita como “el único pueblo naufrago de América”, pues la nave de su historia se hundió al perder acceso al océano y constituirse como un país de seres que “sueñan con volver a hacerse a la mar”. Pero lo que le interesa principalmente a Balcells es explicitar el trauma lingüístico que implica este despojo, haciendo notar nuevamente cómo la ausencia de conexión con la realidad marítima supone un menoscabo en la riqueza del lenguaje hablado y la imaginación poética de todo un pueblo. El silencio de Cobija es

leído como la metáfora de la gravedad que supone para cualquier territorio la pérdida de un horizonte acuático:

Un pueblo de América que habla castellano pierde el habla cuando se le quita el mar. Un pueblo de América que habla castellano pierde el habla cuando se lo separa del mar. Porque el castellano de América es marino [...] Un pueblo de América que habla castellano pierde el habla si no puede allegarse al mar para aplacar su sed. La sed que el mar despierta y que el mar nunca sacia del todo, nosotros, los chilenos, la conocemos y la reconocemos por la lengua inflamada, agrietada, dolorida de nuestra poesía. Para desgracia de los bolivianos la sed que despierta su altiplanicie es semejante a la sed del castellano ibérico, sed de estepa, sed arcaica. Porque el castellano partió de nuevo cuando cruzó el océano. El castellano de América tiene la sed de mar por origen, no por peripécia [...] Un pueblo de América que habla castellano pierde el habla si no puede sacar del mar día tras día una lengua fresca. Lejos de la costa, a la lengua de Bolivia también le falta la sal o la especia que marina, y por ende sabe a pasada. Nada corrompe más al castellano de América que la nostalgia del mar; nada lo hincha, opaca y destiñe tanto... (2001, p. 155)

La intuición poética del Balcells nos propone así, además de una sugerente mirada acerca de la historia geopolítica del Cono Sur de América, una perspectiva profunda en relación a la necesidad de fundamento marino de nuestras hablas populares y nuestra imaginación poética. Si el pueblo chileno es, por la extensión costera de su territorio, también el “más poético de América”, en el habla boliviana encontraríamos un castellano comparable a un hilo a la que faltan las perlas. Su reflexión concluye con la invitación a que Chile restituya su mar al pueblo boliviano, como un camino para exorcizar los fantasmas de la violencia y el “peso de la noche” que ha determinado su propia historia: “Devuélvase el mar a Bolivia e ipso facto Chile podrá desmontar del tigre en que cabalga

hace más de un siglo [...] O por decirlo en la más alta de las fórmulas que caben en América, de Chile depende que el Pacífico y La Paz se reúnan. ¿No podría ser ésta la clave de la paz del continente?" (2001, p. 156).

Lo que me interesa sobre todo es subrayar aquí la iluminadora visión de Balcells en torno a la irradiación que el encuentro con el agua marina tiene sobre la palabra humana. Hacerse a la mar para decirla y escribirla es la base de la salud y de la hondura poética de todo un idioma; o, para ponerlo en otros términos, la condición de que nuestro lenguaje se salve del naufragio que supone el encierro en la sequedad terrestre. Ciertamente el agua se resiste a dejarse dominar por nuestro lenguaje y a ser apresada por la aridez de los conceptos. Pero *La mar* nos enseña también que en las palabras de nuestros idiomas debe existir la liquidez y la sal de las aguas, pues de eso depende nuestro encuentro genuino con un mundo de horizontes azules.

CODA

"¿Semblanteo en realidad un futuro
cuando contemplo el mar en la costa?".
Ignacio Balcells

En una de las detenciones de su viaje, glosando las páginas de un artículo escrito por un sociólogo que reseña las implicancias de lo que podría ser una "educación desde una perspectiva marina", Balcells comenta el cliché según el cual la idiosincrasia chilena desde su formación se inclinó por situar sus asentamientos poblacionales más importantes lejos de la costa, construyendo una cultura que le ha dado la espalda al mar. Reconociendo la parte de veracidad de esta idea, el andariego de *La mar* declara también la relativa falsedad de esta creencia, pues uno de los aprendizajes de su itinerario costero es el de haber tomado conciencia de que en todo territorio subsisten algunos seres que aún consagran sus existencias cotidianas a la celebración del misterio que pone ante nosotros

el mar que nos rodea. Existe, en Chile y en todas partes del globo, el ejemplo de hombres y mujeres que se consagran día a día a interpretar los mensajes que nos traen los vientos y las olas del océano. La cavilación de Balcells, sin embargo, va un poco más allá, llegando a plantear finalmente la compleja aventura que supone encarnar un genuino amor al mar:

Situado entre la tierra, a la que todos los hombres aman porque pesan, y el cielo, que está fuera del alcance del corazón humano, el mar es el único elemento que nos plantea la cuestión del amor, el único que trae a las mentes la cuestión de si se lo ama o no se lo ama. Porque amar al mar es casi tan difícil como amar a Dios. (2001, p. 330)

Acaso el sentido más profundo de un libro como *La mar* radica en la desafiante pregunta en torno a las posibilidades de ese tipo de amor, y en la declaración de su urgente necesidad. Enraizadas sobre tierra firme, aletargadas por los asuntos terrestres y citadinos, nuestras vidas humanas parecen desenvolverse todavía en la completa indiferencia ante las realidades de nuestro entorno natural. Los anuncios de la catástrofe inminente apenas alteran el curso de la rutina, pese a la estremecedora galería de futuros apocalípticos que los pregoneros del Antropoceno vienen arguyendo ya hace décadas. Lo cierto es que habitamos una civilización que ha dado masivamente su espalda a las aguas y al mar, extraviando los caminos de ese amor elemental que Balcells reivindica y encarna. Como señalamos al principio de este artículo, el actual panorama de océanos ácidos y despoblados, de mares contaminados y sobreexplotados, de aguas intervenidas por la actividad humana, evidencian elocuentemente la gravedad de la situación en este presente crítico. El “profundo desconocido” sobre el que escribía Michelet en la cita que comentamos al inicio no solo ha sido despojado de su orgullo y su misterio, sino que atraviesa un trance sin precedentes en los registros de nuestra estadía en la Tierra.

La escritura de Balcells constituye un instrumento poderoso para acercarnos a ese anhelo de una auténtica “educación desde una perspectiva marina” que estos tiempos

reclaman. En estas páginas hemos visto cómo su escritura nos incita a hacernos nómades que vuelven a caminar la poética del agua y la tierra; a animarnos a recoger la riqueza de los dones que el horizonte azul nos depara, así como a dejarnos tocar por el recordatorio de nuestra fragilidad que la inmensidad de las mareas nos enrostra; y a dejar entrar en nuestros idiomas y literaturas el insondable llamado de las aguas. En todo esto contemplo la invitación a encontrar la senda hacia una imaginación ecológica que redefina nuestra pertenencia al planeta azul y nos permita fundar imaginarios acuáticos alternativos. Dichos imaginarios no solo nos orientarían hacia una relación distinta con los océanos que nos circundan, sino a un cambio radical en la manera en que nuestros proyectos humanos impactan en su estabilidad ecosistémica. Como el mismo Balcells escribe en una página de *La mar*, a menudo “el discurso de denuncia ‘ecológico’ –el discurso que apela a la piedad fácil, a la piedad con lo no humano– pretende cancelar una deuda en una moneda que la lesionada –la naturaleza– nunca aceptará”. Su conclusión al respecto es tajante: “La salud vendrá de otras palabras” (p. 469). Esas palabras pueden ser las de una literatura que se lanza al descampado del mundo para decirlo y escribirlo, regalándonos en ello la visión de un encuentro radicalmente distinto con la trama de la vida que el que nos proponen los discursos hegemónicos. Y también, por cierto, el semblanteo de un futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachelard, Gastón. (1978). *El agua y los sueños. Essay sobre la imaginación de la materia.* FCE.
- Balcells, Ignacio. (2001). *La mar. Una versión de la vida ante el mar y del viaje a solas por las costas de Chile.* Andrés Bello.
- Buell, Lawrence. (2001). *Writing for an Endangered World: Literature, Culture, and Environment in the U.S. and Beyond.* Harvard UP.
- Careri, Francesco. (2014). *Walkscapes. El andar como práctica estética.* Gustavo Gili.
- Carson, Rachel. (2019). *El mar que nos rodea.* Crítica.

- Chiuminatto, Pablo y Ana Cortés. (2016). “Patagonia, Land of Nomads: ¿A Glance at a Territory Shaped by Displacement”. *Transnational Literature*, vol. 8, núm. 2, pp. 1-13.
- DeLoughrey, Elizabeth. (2017). “Submarine Futures of the Anthropocene”. *Comparative Literature*, vol. 69, núm. 1, pp. 32-44.
- Flyns Junquera, Carmen. (2018). “‘En el principio era la palabra’: La palabra y la creación de imaginarios ecológicos”. *Humanidades Ambientales. Pensamiento, arte y relatos para el siglo de la gran prueba*, editado por José Albelda, José María Parreño y J. M. Marrero Henríquez. Los Libros de la Catarata, pp. 182-200.
- Forns-Broggi, Roberto. (2016). “Escribir como el mar: notas sobre algunos ecopoemas en la orilla sur de la tierra”. *Visiones ecocriticas del mar en la literatura*, editado por Montserrat López Mujica y María Antonia Mezquita Fernández. Servicio de Publicaciones UAH, pp. 157-170.
- Michelet, Jules. (1999). *El mar*. Edición virtual, www.elaleph.com
- Mentz, Steven. (2009). “Toward a Blue Cultural Studies: The Sea, Maritime Culture, and Early Modern English Literature”. *Literature Compass*, vol. 6, núm. 5, pp. 997-1013.
- Neimanis, Astrida. (2017). “Water and Knowledge”. *Downstream: Reimagining Water*, editado por Dorothy Christian y Rita Wong. Wilfrid Laurier UP, pp. 51-68.
- Onfray, Michel. (2016). *Teoría del viaje: Poética de la geografía*. Taurus.
- Poulet, Régis. (2015). “Breve introducción a la geopolítica”. *Provinciana: Revista de literatura y pensamiento*, núm. 1, pp. 40-44.
- Serres, Michel. (2004). *El contrato natural*. Pre-Textos.
- Tally, Robert T. (2014). “Introduction: Mapping Narratives”. *Literary Cartographies: Spatiality, Representation, and Narrative*. Palgrave Macmillan.
- White, Kenneth. (2019). “Carta desde la casa de las mareas”. *Provinciana: Revista de literatura y pensamiento*, núm. 2, pp. 25-40.
- White, Kenneth. (2021). “An Outline of Geopoetics”. *The Collected Works of Kenneth White. Volume 2*, editado por Cairns Craig. Edinburgh UP, pp. 683-698.